

JUAN DEL VAL  
BOCABESADA



*Si podéis vivir sin escribir, no escribáis.*

RAINER MARIA RILKE

Una maleta azul oscura da vueltas encima de la cinta número dieciséis que sigue girando indiferente y olvidada. Hace rato que desaparecieron de su alrededor los viajeros soñolientos que pasaron la noche en el avión, caras cansadas, esa forma de sentirse sucio cuando se duerme vestido, que no es dormir ni no dormir, el pelo desordenado, el sabor espeso de la boca y el bostezo inevitable.

Esa maleta azul era una más entre otras, grandes o pequeñas, bolsas de viaje, bultos de formas indefinidas, un par de carritos de niño y mochilas tan llenas que parecen a punto de estallar. Todo ha ido desapareciendo junto a sus dueños, camino de la parada de taxis, del metro, de los autobuses, en busca de la ciudad que les absorberá, cada uno por su lado. La maleta azul hace rato que dejó de ser una más para convertirse en única, solitaria e inquietante, a la espera de que alguien la saque de allí o de que al menos detenga ese movimiento circular hacia el mismo sitio.

Una productora de series de televisión que está en un portal que está en una calle que está en uno de los mejores barrios de la ciudad.

Ana se sienta detrás de la mesa al lado de la recepción y repasa las citas en la pantalla del ordenador. Es la primera en llegar, le gusta mucho este rato a solas hasta que la productora se va llenando, ese primer café antes de que comience el ruido. Ha preparado la sala de reuniones; esta mañana vienen dos directivos de HBO para escuchar la propuesta de una nueva serie basada en uno de los libros superventas del pasado año. Estas reuniones en las que se intenta vender una serie a una plataforma se llaman *pitch*. El inglés siempre, hasta el absurdo.

Dentro de un rato, las mesas se irán ocupando. Ana vuelve a mirar su móvil, sigue sin haber ningún mensaje de Martín. Ayer discutieron, ella se marchó a casa y él a la suya, supuso. No recuerda el motivo de la discusión, fue todo extraño, él parecía diferente a otras veces.

Camilo Orellana abre la puerta y sonríe a Ana como cada mañana: «Buenos días», dice. Pantalón negro, camisa vaquera, zapatillas blancas y una americana verde de lana. El jefe siempre es el primero que llega después de ella. Guapo, amable, seguro, seductor, Camilo es defi-

nitivamente superior al resto. Así le ve Ana. En todo. Son las nueve menos diez de la mañana.

Camilo Orellana tiene cincuenta y un años que no aparenta, cincuenta y un años de plena forma. Camilo es viudo y tiene un hijo de casi treinta que se llama como él. Camilo, el padre, empezó a vivir muy pronto. Camilo, el hijo, se quedó huérfano de madre cuando entraba en la adolescencia. Al chaval le costó superarlo, será por eso que nunca ha estado centrado. Los psicólogos mantuvieron cierto control en la mente de aquel niño dolorido, aunque siempre ha estado al límite del precipicio. Demasiada juerga, compañías regulares, más cocaína de la necesaria. Vive con su padre, su currículum: dos carreras empezadas sin pasar del segundo curso. Camilo confunde a menudo la fecha en la que se quedó viudo, tiene que pensar mucho tiempo para concretar con exactitud cuándo se produjo la muerte de Estefanía, así se llamaba su mujer. Ahora se van a cumplir quince años. Un cáncer de páncreas, rápido y violento, acabó con ella en pocos meses. Apenas les había dado tiempo para asimilar el diagnóstico cuando Camilo y su hijo recogían las cenizas de Estefanía para depositarlas en un nicho del cementerio de Pozuelo de Alarcón, el municipio donde ella había nacido y donde vivía la familia. Padre e hijo, vendieron la casa en la urbanización La Finca en la que residían y se mudaron a Madrid, al barrio de Salamanca, cerca de la productora BB. Allí sigue viviendo con su hijo, que aún no ha cotizado porque

sigue buscando su camino. Escribe guiones, casi siempre malos, que su padre analiza sin la más mínima compasión, alguna escena suelta hace intuir un talento irregular y escaso. Camilo quiere a su hijo, otra cosa es que le caiga bien.

Jacinto, el portero del edificio, hace rato que metió los cubos de basura vacíos dentro del patio y los agredió con la manguera de agua a presión y un poco de lejía. Como cada día, lo hace antes de colocarse su traje gris de paño grueso y su corbata negra para empezar la jornada. En verano, mantiene la corbata encima de una camisa blanca de manga corta. Hoy Jacinto ha comenzado bien el día. Camilo, el dueño de BB, la productora de cine y series para televisión del cuarto piso, le ha dado esta mañana un puro habano, lo hace de vez en cuando. «Disfrútalo, que es de los buenos», afirma con esa seguridad con la que lo dice todo. Jacinto, el portero del edificio desde hace más de treinta años, no lo sabe, pero Camilo Orellana le da el habano por superstición, siente que hacerlo le trae suerte; no hay ningún motivo para creerlo, pero lo cree. «Quién sabe», piensa, hoy tienen el *pitch* con los de HBO para una serie. Jacinto ha desayunado, como cada mañana, picatostes con café con leche muy caliente que le ha preparado Agustina, su mujer. Anda preocupado porque ella tiene la cabeza cada vez peor, a ratos no lo conoce y se queda con la mirada perdida. En alguna ocasión, le ha confundido con su hijo, Miguel; otra vez se alarmó al verle con ella en la

JUAN DEL VAL

cama, como si fuera un extraño. Jacinto no quiere pensar en eso, pero lo hace mientras guarda el puro en el cajoncito de la mesa de la portería.



Rocío Vizcaíno vuelve hoy a BB después de la baja maternal a la que añadió días de vacaciones pendientes, en total lleva poco más de cuatro meses fuera. A Ana no le gusta Rocío, aunque procura, sin éxito, que no se le note. «Ojalá no se haya recuperado del embarazo y siga gorda», piensa. A veces los pensamientos se oyen a gritos. Rocío Vizcaíno es la jefa del departamento de producción de BB en la que trabajan cuatro chicas más; chicas invisibles, diferentes pero idénticas, cuatro que podrían ser una, como una parecen las cuatro mesas enfrentadas, dos con dos, en las que se sientan. Hay una más gordita, otra de mechas más claras, otra de ojos azules y otra de pecho más abundante... Eficaces las cuatro que son una, bajo la tutela de Rocío. Se llaman Laura, Eugenia, Carmen y Pilar, pero qué más da cómo se llamen. Seguramente tendrán sus familias, sus padres que las quieren, hermanos quizá, dos de ellas puede que incluso tengan pareja, las otras dos a lo mejor no, y tendrán sus ilusiones, su atractivo y sus complejos, aunque todo eso también da igual. Son chicas, mujeres, personas irrelevantes las cuatro para muchos dentro de BB. Trabajan para Rocío en el departamento de producción que es uno de los más importantes de la empresa, pero

para algunos no cambiaría nada si sustituyeran a cualquiera de ellas por otra cualquiera. Cualquiera, ese pronombre tan cruel. Tan indefinido.

Camilo le ha dicho a Ana que encargue un ramo de flores de bienvenida para Rocío y que en la tarjeta ponga justamente eso: «Bienvenida, Rocío». Ana es secretaria de dirección de BB, una especie de coordinadora general de la empresa y, sobre todo, la secretaria personal de Camilo, su mano derecha. «Y la izquierda», añade él con un tono demasiado condescendiente que a ella le molesta un poco. A veces se siente una pieza importante de la productora, otras, una simple chica para todo. A las diez bajará a por el ramo, cuando abra la floristería que hay en la esquina. Es el negocio más bonito que hay en la calle en la que está el número 23, en cuya cuarta planta está BB. Entre la floristería y el portal 23 hay un restaurante que se llama La Torreta, al que Camilo Orellana lleva a las visitas importantes o baja a almorzar él solo. El jefe no come nunca en la productora. La mayoría de los empleados se traen comida de casa y la toman en el comedor, una sala habilitada para eso con nevera, microondas y cafetera. Algunos, los que viven más cerca, se van a su domicilio y vuelven sobre las cuatro.

«¿Dónde estás?», Ana le escribe un wasap a Martín. «Esta mañana vienen los de HBO para la serie sobre tu libro, supongo que lo sabrás», añade en el siguiente. «Debería interesarte, la verdad es que no te entiendo», el

tercer wasap. Él los ha leído, ella lo sabe, el doble clic azul. A Ana le recorre por el estómago una mezcla de preocupación y enfado, también rabia. Rabia lo que más. Nunca debió empezar esa relación, que no es una relación. Ya es tarde, ahora es dependiente de él, de él y del sexo con él, tan distinto y tan brutal. La productora ya está llena, ha llegado todo el mundo.

En la esquina de la calle, César abre las tres persianas metálicas pintadas de blanco de Flores Marisa, mientras su mujer, Marisa, saca plantas y flores del interior que van ocupando parte de la acera convirtiéndola en una especie de jardín en miniatura, desubicado, que brota cada mañana embelleciendo la esquina y desaparece a las ocho y media de la tarde cuando cierra el negocio, dejando la calle en blanco y negro.

César y Marisa bordean los setenta; ella setenta y uno, él sesenta y ocho, aunque Marisa siempre dice que tienen la misma edad sin que él la contradiga. Se hicieron floristas hace más de veinte años, cuando despidieron a César del Banco Guipuzcoano donde trabajaba como administrativo. Con el dinero de la indemnización y el subsidio de los dos años de paro que solicitó en un solo pago, alquilaron un local modesto en la calle Conde de Peñalver y montaron una floristería que él se empeñó en que llevara el nombre de su mujer. Marisa siempre había trabajado en un invernadero y sabía todo de flores y plantas, a César le fascinaba escucharla hablar con pasión de ese mundo tan lejano al suyo hecho de libros de contabilidad; él siempre decía que ella era una recopilación de todas las flores, que olía a todas las flores juntas.

César ama a Marisa de manera incondicional, casi sumisa, la sumisión de los fieles ante su dios.

El negocio floreció, a César le hacía gracia ese verbo para definir el éxito de la floristería: «Nunca mejor dicho», afirmaba con una sonrisita que le daba una apariencia de ser bastante menos listo de lo que era. Aquel primer local se quedó pequeño y se trasladaron a esta esquina, en la zona más cara de Madrid, cambiando el paisaje de las dos calles en las que confluye.

César, flaco, pelo blanco y bigotito perfectamente dibujado, tierno y débil, de esas personas que parece que puede deshacerse en cualquier momento como una figura de plastilina; Marisa es difícil que esté más de cinco minutos sin sonreír, gordita se define ella, con ese diminutivo benevolente que suaviza la realidad de sus ochenta kilos en su uno sesenta, pelo cardado teñido de rubio, el color que tenía antes de volverse blanco.

Empieza para ellos la mañana. César se pone su bata azul con dos bolígrafos Bic en el bolsillo del pecho y ella, un delantal blanco con un volante. «Hola, guapa —Ana le devuelve la sonrisa a Marisa—, quería unas flores para una compañera que ha sido madre y que hoy vuelve a trabajar». Marisa informa de los precios de varios tipos de flores para construir el ramo. «Uno normalito», aclara Ana. «Dile a don Camilo que se pase por aquí, que últimamente no se deja ver», comenta Marisa. «¿Vas a poner una tarjeta?», pregunta César. «Sí, pero escríbala usted mismo, que ponga “Bienvenida, Rocío”».

Ana pide que las lleve el repartidor esta misma mañana, César se ofrece a hacerlo él, qué necesidad de repartidor si está ahí al lado. Ana sale de la floristería y consulta su móvil una vez más, ni rastro de Martín. Solo tiene un wasap de Camilo para decirle que Nuria Cadenas, una de las ejecutivas de HBO que viene esta mañana, bebe leche de soja y no hay en la sala de reuniones. «Ahora falta la puta leche de soja», murmura Ana.

En la oficina, Rocío explica con todo detalle los cuatro meses de vida de su bebé, a la que le ha puesto Antonia, que ahora es un nombre moderno, al parecer. Las compañeras creen que llamarla así es una putada porque Antonia es nombre de abuela, pobre niña.

Ana ha entrado en La Torreta para hacer la reserva a Camilo y, de paso, pedir allí un cartón de leche de soja. Detrás de la barra está Sebastián, del que ella nunca recuerda el nombre: «¿Sabes que no se puede decir leche de soja? Hay que llamarla bebida de soja, porque no es leche, y los animalistas han protestado por eso», le informa el camarero. «Ah», contesta Ana fingiendo interés. «¿La apunto en la cuenta del jefe?», pregunta Sebastián, pero ella no contesta, acaba de sonar un pitido en su móvil, por fin es Martín: «Necesito marcharme, lo siento».

Ella se llamaba Carlos, como su padre, y lo supo desde siempre; en realidad, fue lo primero que supo. Era un niño rubio, muy guapo como casi todos los rubios cuando son niños; ya se sabe que de mayores la cosa cambia. En su caso se mantuvo guapo, dulce, débil y distinto. Un adolescente a la defensiva, huidizo de tanta risa disimulada a su alrededor que penetraba en su oído y desde allí se expandía por cada rincón de su cuerpo, provocando dolor. A veces, todavía cree que oye esas burlas de sus primos en las reuniones familiares, la vergüenza de su padre y la cobardía de su madre, que nunca estuvo donde tenía que estar en ese empeño de mirar hacia otro lado.

Carlos solo era feliz con su abuela Adela, con ella todo era más sencillo. Su cómplice. Cada tarde, después del colegio, Adela le sacaba del altillo de su alcoba las muñecas, las peinaban y les hacían vestidos mientras escuchaban recopilaciones de coplas, a Lola y a la Pantoja y a Rocío Jurado, aunque la mejor para la abuela era Marifé, en eso no había discusión. Nadie podía entrar en ese universo de Carlos y Adela en la alcoba de la abuela. Él, ni siquiera cuando logró ser ella, se ha sentido nunca tan libre como lo fue entre esas cuatro paredes.

Cuando llegaban los padres de trabajar en la tienda de ultramarinos que tenían en el pueblo, Adela escondía las muñecas de su nieto en el altillo, se apagaban las coplas y volvía la vergüenza.

Carlos dejó de existir, si es que existió alguna vez, y ahora es Adela, no pudo elegir otro nombre, y está a punto de entrar a hacer una prueba para un papel en *Iguals*, una miniserie que produce BB para Prime Video que va por su tercera temporada. Ella no conoce los detalles, solo que es un personaje nuevo y que se trata de una transexual, otra vez. Dos directoras de cine que son pareja quieren visibilizar esta problemática, somos muy inclusivas, dicen ellas mismas de sí mismas en todas sus entrevistas.

—Piensa que vas borracha, muy borracha, casi no te tienes en pie —explica la directora de *casting*, a la que se le intuye poca paciencia—, y dices el texto.

—¿Este texto? —pregunta Adela, mirando la separata que le han dado al entrar en la sala.

—Sí, claro. ¿Qué texto va a ser? —se desespera la directora de *casting*.

—«¡Ven aquí, que te voy a comer la polla, maricón!».

—Más borracha, por favor.

—«¡Ven aquí, que te voy a comer la polla, maricón!».

—Adela arrastra las palabras.

—Dale más intención.

—¿Más intención?



—Claro, más intención. Eres puta, te has metido de todo, estás borracha en la calle.

—«¡Ven aquí, que te voy a comer la polla, maricón!».

—¿Podrías poner la voz un poco más grave?

—¿Más grave?

—¡Más masculina!

—Yo soy una mujer, lo siento.

—Adela, te llamabas Adela, ¿verdad? Es que me da igual quién seas tú, el papel es para una transexual que se llama Luna y es una prostituta borracha, ¿me entiendes?

—«¡Ven aquí, que te voy a comer la polla, maricón!».

—La última palabra casi no se oye. Adela baja la cabeza.

—Eso es todo. Muchas gracias por venir.